turia

REVISTA CULTURAL / NÚMERO 149-150

Inés Alhambra Rosa Berbel Michael Braun Marina Casado Carlos Castán
Miguel A. Delgado José Domingo Dueñas Lorente Ignacio Echevarría
Leopold Federmair Isidro Ferrer Richard Ford Carlos Fortea Jorge Gimeno
Carmen Gómez García José Luis Gómez Toré Ángel Gracia María José Hasta
Isabel Hernández Gonzalo Hidalgo Bayal Felix Phillip Ingold Elfriede Jelinek
Adan Kovacsics Luis Landero Manuel Longares Antonio Lucas Raúl Carlos Maicas
Markéta Mališová Guillermo Marco Remón Juan Marqués Daniela Martín Hidalgo
Elisa Martínez Salazar Antonio Maura Juan Carlos Mestre Diego Moldes
Sara Morante Olga Muñoz Carrasco Gema Palacios Mariano Peyrou
Cecilia Quílez Álvaro de la Rica Aloma Rodríguez Michelle Roche Rodríguez
Ana Rossetti Francisco Javier Sáenz Guallar Adalber Salas Hernández
Javier Sánchez Zapatero Marisa Siguan Rafael Soler Reiner Stach
Angélica Tanarro Félix Teira Cubel Sabina Urraca Fernando Valls
Lydia Vázquez Berta Vias Mahou Almudena Vidorreta Rosario Villajos

PREMIO NACIONAL AL FOMENTO DE LA LECTURA

Hondo oficio de inocencia

HACE más de veintitrés años, en su discurso de recepción en la Academia Castellano Leonesa de la Poesía, José Luis Puerto recordaba las palabras de Claudio Rodríguez al definir la labor del poeta como un «hondo oficio de inocencia». Y ahora las reitera y renueva, de la mano de W. B. Yeats, para titular su último libro, *Ritual de la Inocencia*, agregándole un lema de María Zambrano que vincula de forma inseparable ese rasgo y la universalidad: «Solo el hombre dotado de un corazón inocente podría habitar el universo».

Tal es el trasfondo sobre el que discurren los versos de este poemario, en busca de los ritos que permiten resacralizar el mundo, tan profanado, que nos ha correspondido vivir. Su autor lo hace manteniendo como punto de fuga la búsqueda de ese lenguaje primigenio, esa originaria Casa del Ser anterior a tantas confusiones babélicas. Una voz que trata de discernir auscultando su vocación de unir, tejer vínculos y comunidad, en la convicción de que se corresponde con una poesía ejercida «en aquel paraíso de inocencia» donde «el ángel de la luz / nos mostraba un jardín cordial de mansedumbre».

Como se subraya en «Alma antigua», linda con la disponibilidad infantil de la pobreza escueta y limpia, tendida entre el catecismo, las esferas armilares, las salmodias de la aritmética y la prosodia de las oraciones (palabra que tanto valdría para el rezo como para la gramática). En cualquier caso, es sorprendida entre lo más humilde y cotidiano y proyectada hasta esa aventura que nos entrelaza «desde el telar hermoso de la fraternidad».

Como es norma en quien va trazando con su obra una suerte de diario espiritual, ampliado libro a libro, en este las composiciones se articulan a través de una serie de claves y actitudes cuyo propósito es ordenar el mundo, dotarlo de sentido. Y «sostenerse en la luz», se afirma en el poema que así comienza, recuperado tras haber aparecido en *Turia* en 1992. Es ahora cuando adquiere su plenitud de sentido, al encajar en las constantes de José Luis Puerto, acompañado de las herramientas de la ofrenda –manos, cuenco, patena, ara–, de la celebración o de la palabra sanadora. También al desbrozar la maleza y el olvido, buscando mantener abiertos tránsitos e hitos casi borrados –ruinas, estelas, piedras miliares, manantiales y otros lugares del agua– para acceder al corazón del mundo y devolverle su función sagrada.

Hay apuntes que hacen pensar en metáforas del propio poeta. Como ese bulbo que espera paciente en las entrañas de la tierra y en su

oscuridad y existir a tientas se mantiene gracias a la esperanza de alzarse hacia la luz. O el árbol –luego, en otro poema, sabremos que es un almendro– que flanquea una casa abandonada y, a pesar de eso y no tener dueño (o quizá por ello), persevera tenaz y sigue floreciendo cada primavera, sustentando el latido del planeta como un fogonazo de luz, blancura e inocencia.

Otros nos transmiten una mirada muy atenta a quienes le rodean o va hallando en sus afanes cotidianos. Y nos hablan de la muchacha cansada que sirve a los invitados de un banquete del que nunca participará, objeto solamente de apremios y exigencias, sin un asomo de reconocimiento. O el apunte de «Cuando ya no hay respuestas», donde el poeta, al salir del archivo, se encuentra al músico callejero que canta a Bob Dylan, recordándole que las respuestas hace tiempo que se las llevó el viento, que los dioses se han marchado y ahora la precariedad y tantas otras intemperies hacen sentirse a quienes las sufren como un canto rodado, sin cauce al que atenerse.

Especialmente conmovedores son los versos que dedica a sus padres. El progenitor es evocado a través de uno de los objetos más anclados a la escritura, dentro de ese dominio de las cosas aparentemente opacas que, sin embargo y consideradas en sus propios términos, son capaces de encapsular una vida o manifestar un vínculo. En este caso, mediante una Olympic Traveller, la máquina de escribir portátil que su padre le trajo como fruto u ofrenda de su trabajo de emigrante en Alemania.

Los delicados y elegíacos de «Existir de la madre» prolongan su cuaderno poético *Fulgor de madre* publicado a raíz del fallecimiento de la suya, cuya vida estuvo tan ceñida al salmantino pueblo natal de La Alberca, conectando como una placenta los orígenes y posterior despliegue del mundo. Al leerlos cuesta no pensar en otros, los titulados «La tarde de la muerte», con su duelo en un tanatorio, donde los rasgos de la difunta aún se mantienen vivos en los deudos, los gestos de la estirpe por los que siguen transitando. Y con ellos la vida, en esa misteriosa labor de la semilla y la genética. Todo lo cual sucede –se indica en un leve apunte, sin subrayados innecesarios– muy cerca del río que sigue fluyendo más allá de los espinos en flor que envuelven el velorio con su aroma.

Otras composiciones, como «Hors de», aluden al fuera de campo de los valores que aquí se acotan: lejos de los primeros planos del mercado y las nóminas del reconocimiento o el cálculo. Como ese caudaloso Danubio que, en el poema «Viena», más que por los ostentosos palacios asentados en sus orillas, vale por lo que se llevan las aguas, lo que pervive dándose a la corriente: Strauss, Canetti, Klimt, Freud, Egon Schiele...

Y con todo, y con ser eso tanto, lo más admirable de la obra de José Luis Puerto sigue siendo la preci-

sión en el decir, herencia de generaciones, la sobriedad, claridad y transparencia, el decoro y dignidad en la enunciación, la justeza en el tono y la voz nunca engolada, la concreción, la ausencia de adornos o afeites, la huida de culteranismos en alguien a quien se adivina tan leído, de Hölderlin a Rilke y de José Ángel Valente a Claudio Rodríguez o Antonio Colinas. Un decir despojado, cabal y quintaesenciado, sin poses ni sobreactuación. Y a través del cual se manifiesta una rara conexión y continuidad entre la naturaleza, el mundo material de lo humano, la memoria y la vida del espíritu. – AGUSTÍN SÁNCHEZ VIDAL.

José Luis Puerto, *Ritual de la Inocencia*, Madrid, Reino de Cordelia, 2023.